

Los amigos de Eddie Coyle

Con cara de póquer, Jackie Brown, de veintiséis años, dijo que podía conseguir armas.

—Tendré tus pipas mañana por la noche, probablemente. Probablemente, pueda conseguirte seis. Mañana por la noche. Dentro de una semana o quizá diez días, otra docena. Tengo contactos con un tipo que va a llegar con diez como mínimo, pero ya he apalabrado cuatro con otro menda y las está esperando, ¿sabes? Tiene un trabajo que hacer. Así que, mañana por la noche, seis. Y otra docena dentro de una semana.

El tipo mazas estaba sentado frente a Jackie Brown y dejaba que se le enfriara el café.

—No sé si esto me gusta —dijo—. No sé si me gusta comprar material del mismo lote que otra persona, porque no sé qué hará con él, ¿comprendes? Si otra persona compra pipas del mismo lote y eso causa problemas a mi gente, también me los causará a mí.

—Comprendo —dijo Jackie Brown.

La gente que salía temprano del trabajo aquella tarde de noviembre pasaba ante ellos con paso apresurado. El

tullido vendía el *Records*, molestando a la gente con sus gritos desde la plataforma rodante.

—No lo comprendes de la misma manera que lo comprendo yo —dijo el mazas—. Tengo ciertas responsabilidades.

—Mira —dijo Jackie Brown—, te digo que lo comprendo. ¿Sabes cómo me llamo o no?

—Lo sé —replicó el mazas.

—Pues ya está —dijo Jackie Brown.

—De ya está, nada —dijo el mazas—. Ojalá me hubieran dado cinco centavos por cada vez que he sabido cómo se llamaba alguien, de veras. Mira esto. —El mazas extendió los dedos de la mano izquierda sobre la mesa de formica de motas doradas—. ¿Sabes qué es esto?

—Tu mano —le espetó Jackie Brown.

—Espero que examines las pistolas con más atención que esta mano —dijo el mazas—. Mírate la tuya, maldita sea. Jackie Brown extendió los dedos de la mano izquierda.

—Sí —dijo.

—Cuenta cuántos nudillos tienes, joder —dijo el mazas.

—¿Todos? —preguntó Jackie Brown.

—Oh, Dios —exclamó el mazas—. Cuenta todos los que te dé la gana. Yo tengo cuatro más. Uno en cada dedo. ¿Sabes cómo me salieron? Compré material a un menda, del que también sabía cómo se llamaba, y el material fue rastreado y al tipo lo condenaron a entre quince y veinticinco años. Los cumple en la cárcel de Walpole, Massachusetts, y sigue allí, pero tenía amigos, y ellos me hicieron unos nudillos nuevos. Me metieron la mano en un cajón y, luego, uno de ellos cerró el cajón de una patada. Me dolió del carajo. No tienes idea de lo que me dolió.

—¡Jesús! —dijo Jackie Brown.

—Lo que hizo que me doliera más —dijo el mazas—, lo que empeoró el dolor, fue saber lo que iban a hacerme, ¿comprendes? Estás allí y ellos te dicen que has cabreado a alguien, que has cometido un gran error y que ahora hay alguien chupando talego por ello y que no es nada personal, entiéndelo, pero tiene que hacerse. Ahora pon la mano ahí. Y tú piensas en no hacerlo, ¿sabes? Cuando era pequeño, iba a la catequesis y la monja me decía «Pon la mano», y las primeras veces que lo hice me pegó en los nudillos con una regla de borde metálico. Como lo oyes. Conque un día, cuando me dijo «Pon la mano», yo le dije «No». Y entonces me pegó con esa regla en la cara. Pues esa vez igual, salvo que estos tíos no están cabreados, no se cabrean contigo, ¿entiendes? Son tipos a los que ves constantemente, tipos que a lo mejor te caen mal o que no te caen mal, con los que has tomado una copa o has salido a buscar tías. «Eh, Paulie, escucha, no es nada personal, ¿sabes? Has cometido un error. La mano. No quiero tener que pegarte un tiro, ¿vale?» Así que pones la mano, la que tú quieras, yo puse la izquierda porque soy diestro y porque, como ya he dicho, sabía lo que iba a pasar, y entonces ellos te ponen los dedos en el cajón y uno de los mendas lo cierra de una patada. ¿Has oído alguna vez el ruido que hacen los huesos cuando se rompen? Es como cuando alguien parte una tablilla. Duele del carajo.

—¡Jesús! —dijo Jackie Brown.

—Exacto —dijo el mazas—. Llevé escayola casi un mes. Y cuando el tiempo es húmedo, todavía me duele. No puedo doblar los dedos. Así que no me importa cómo te llames ni quién me lo haya dicho. Del otro tipo

sabía el nombre y mis dedos no ganaron nada con eso, maldita sea. El nombre de uno no basta. A mí me pagan para que sea cuidadoso. Lo que quiero saber es, ¿qué ocurre si se le sigue el rastro a una de las otras pistolas de este lote? ¿Tendré que empezar a mirar precios de muletas? Esto es un trato serio, ¿sabes? No sé a quién le has vendido antes, pero el menda dice que tienes armas para vender y yo necesito armas. Lo que hago es protegerme, ser astuto. ¿Qué pasa si el hombre que tiene cuatro le da una a alguien para que mate a un policía, joder? ¿Tendré que largarme de la ciudad?

—No —respondió Jackie Brown.

—¿No? —repitió el mazas—. De acuerdo, espero que no te equivoques en eso. Voy corto de dedos. Y si tengo que largarme de la ciudad, amigo, tú tendrás que largarte de la ciudad. Eso lo entiendes. Me lo harán a mí y lo que te hagan a ti será peor. Eso ya lo sabes.

—Ya lo sé —asintió Jackie Brown.

—Espero que sí —dijo el mazas—. No sé a quién le has andado vendiendo, pero estos tíos son otra cosa.

—A estas pistolas no pueden seguir el rastro —dijo Jackie Brown—. Te lo garantizo.

—¿Cómo es eso? Cuéntame —quiso saber el mazas.

—Mira —dijo Jackie Brown—, son pistolas nuevas, ¿me sigues? Solo las han disparado para probarlas. Pistolas nuevas sin estrenar, joder. Aligeradas. Martillo oculto. Percutor flotante. Se te pueden caer al suelo por la parte del martillo con una bala en la recámara y no pasa nada. Calibre 38 Specials. Buen material, te lo aseguro.

—Robado —dijo el mazas—. Los números de serie limados. Así me pillaron la otra vez. Las bañan en un lí-

quido y el número vuelve a salir. Espero que tú trabajes mejor o ninguno de los dos podrá dar la mano a nadie nunca más.

—No —dijo Jackie Brown—. Tienen número de serie. Si detienen a un hombre con una de ellas, todo correcto, no hay problemas. No hay manera de saber que es robada. Es una pistola nueva sin estrenar.

—¿Con número de serie? —preguntó el mazas.

—Si comprueban el número de serie —respondió Jackie Brown—, sabrán que es un modelo de la policía militar, una pipa fabricada en 1951, enviada a Rock Island y nunca denunciada como robada, pero también hay una Detective Special sin estrenar. Y tampoco se ha denunciado su robo.

—Tienes un contacto en la fábrica —dijo el mazas.

—Tengo pistolas para vender —dijo Jackie Brown—. He hecho muchos negocios y he recibido poquísimas quejas. Puedo conseguírtelas con cañón de cuatro pulgadas y de dos pulgadas. Tú dime lo que quieres. Yo te lo entregaré.

—¿Cuánto?

—Dependerá del lote —respondió Jackie Brown.

—Dependerá de lo que yo esté dispuesto a pagar —replicó el mazas—. ¿Cuánto?

—Ochenta —respondió Jackie Brown.

—¿Ochenta? —exclamó el mazas—. ¿Seguro que has vendido pistolas alguna vez? Ochenta es demasiado. Estoy hablando de treinta pistolas. Puedo ir a una tienda y comprar treinta pistolas por ochenta dólares cada una, joder. Tenemos que afinar más el precio, ya lo veo.

—Me gustaría verte entrar en una tienda y encargar treinta cacharras —dijo Jackie Brown—. No sé quién

eres ni qué te llevas entre manos y no necesito saberlo, pero de veras que me gustaría estar allí cuando le dijeras al dependiente que tus amigos te han encargado comprar las treinta pipas y que quieres un descuento. Vaya si me gustaría verlo. El FBI se te habría echado encima antes de sacar la cartera.

—Tiendas de armas hay muchas, ¿sabes? —dijo el mazas.

—No, para ti solo hay una —replicó Jackie Brown—. Puedo asegurarte ahora mismo que no hay nadie en un radio de doscientos kilómetros que pueda conseguirte un material como el mío y tú lo sabes. Así que ya basta de chorradas.

—No he pagado nunca más de cincuenta —dijo el mazas—. Y ahora no quiero pagar tanto. Tampoco es que tengas demasiados clientes que quieran comprar treinta. Y si estas van bien, vendré a comprar más. Estás acostumbrado a vender de dos en dos o de tres en tres. Por eso quieres dividir las en tres o cuatro lotes.

—Mañana puedo vender cincuenta sin verte a ti el pelo —replicó Jackie Brown—. Más tuviera, más vendería. Me las quitan de las manos. Estoy seguro de que si me acercara a la iglesia a confesarme, el cura me impondría tres avemarías y me preguntaría, confidencialmente, si puedo procurarle algo ligero que llevar debajo de la sotana. La gente pierde el culo por las fuscas. La semana pasada hubo un tipo que se moría por una Python y yo le conseguí un gran Blackhawk de seis pulgadas, joder, un mágnam del 41, y se lo quedó como si fuera lo que había deseado toda la vida. Tendrías que haber visto al hijoputa con ese gran bulto debajo de la chaqueta, parecía que viniese de robar melones. Y una vez, un tipo

me preguntó muy serio si podía conseguirle unas cuantas ametralladoras. Estaba dispuesto a pagar mil quinientos la pieza, todas las que pudiera obtener. El calibre ni siquiera le importaba.

—¿De qué color era? —preguntó el mazas.

—Era un buen tipo —respondió Jackie Brown—. No me sorprendería poder suministrarle algo dentro de unas semanas. Buen material, también. Unas cuantas M-16 en muy buen estado.

—No he entendido nunca que alguien quiera utilizar una ametralladora —dijo el mazas—. Si te trincan con una, es cadena perpetua, y una ametralladora solo sirve para combatir en una guerra, quizá. No puedes esconderla, no puedes llevarla en el coche y con ella no puedes hacer blanco en nada, a menos que no te importe destrozarse un par de paredes para cargarte al tipo, lo cual es arriesgado. Las ametralladoras no me interesan mucho. Lo mejor que hay es una Smith de cuatro pulgadas. Eso sí que es un buen hierro. La levantas y va al lugar donde apuntas.

—Para mucha gente es demasiado grande —dijo Jackie Brown—. Hace una semana o así tuve un cliente que quería un par del 38 y se los conseguí y también un Colt de dos pulgadas. El Colt le pareció bien, pero la Smith lo puso nervioso: me preguntó si creía que iba a ir por ahí con una pistolera o algo así, joder. Pero se la quedó igualmente.

—Mira —dijo el mazas—. Quiero treinta pistolas. Me quedaré con las de cuatro pulgadas y las de dos, del 38. Me quedaré con un mágnam, si es necesario. Treinta pipas. Te daré mil doscientos dólares.

—Y un huevo —replicó Jackie Brown—. Tengo que sacar al menos setenta por cada una.

—Llegaré hasta los mil quinientos —dijo el mazas.

—Nos partimos la diferencia —dijo Jackie Brown—. Mil ochocientos.

—Antes tendré que ver el material —dijo el mazas.

—Pues claro —dijo Jackie Brown. Su expresión había cambiado. Ahora sonreía.